



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10389

## PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

En la Península.— Un mes, 2 ptas.— Tres meses, 5 id.— Estra-  
jero.— Tres meses, 11 25 id.— La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
110 de cada mes.— La correspondencia a la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 3 DE JULIO DE 1896.

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en billetes de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loyette, rue Cassini  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 7 (Paseo de Recoletos)

### GARANTIAS

Capital social: 10.000.000  
Primas y reservas: 4.596.510  
TOTAL: 14.596.510

### 32 AÑOS DE EXISTENCIA

#### SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía Nacional se asegura  
contra los riesgos de incendio.  
El gran desarrollo de sus operaciones  
servicio de la compañía que inspira al publi-  
co, habiendo pagado indemnizaciones desde  
el año 1864, de 120 millones, la suma de  
pesetas 50.150.000.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos num. 35

#### SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata to-  
da clase de combinaciones, y especialmen-  
te las Dotales, Rentas de educación, Ren-  
tas vitalicias y Capitales diferidos a pri-  
mas más reducidas que cualquiera otra  
Compañía.

## PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A PLAZA

DE TODA CLASE DE VALORES

DE MADRID, BARCELONA Y LONDRES

CAMILLO PEREZ LURBE

12, CASTELLANA

Véase anuncio MODA Y AR-

TE en la tercera plana

EL DOCTOR USON

Que permanecerá en esta ciudad du-

rante el verano para el tratamiento

de los enfermos de LOS OJOS y DE LA MA-

TE, que recibe consultas en cualquier día

de mañana a las 10 en la calle del

Duque, 35, principal.

SIN ALIANZAS

No estamos comprometidos ni so-

licitamos que nadie nos acom-

pañe. He aquí en síntesis lo que ha

contestado el ministro de la Go-  
bernanon al conde de Romanones,  
cuando éste ha querido conoer en  
el Senado el criterio del gobierno  
respecto a las ovaciones que se  
han hecho en la Coruña y el Fer-  
rol a los marinos de la escuadra  
francesa y en Barcelona a unos  
músicos franceses.

Estamos donde estábamos; el go-  
bierno no ha variado de modo de  
pensar respecto a las alianzas y  
considerando que la neutralidad  
es lo que más nos conviene la sos-  
tiene y hasta la llama preciada.

El gobierno está divorciado del  
país en este punto: no mira con  
ningunos ojos los entusiasmos de los  
españoles hacia los franceses; al  
contrario, le complacen, pero no en-  
tra por el camino que le está indi-  
cando el sentido popular.

Tal vez tenga razón el gobier-  
no. Tal vez ha tanteado el terreno  
para entrar por el camino que le  
marca el sentido público y no lo  
ha encontrado practicable. Si ha

ocurrido así, lo desconocemos, y  
prescindimos de ese caso probable,  
pues no nos hemos de ocupar de  
cosas que ignoramos.

Por cualquiera razón que sea, el  
gobierno no es afecto a la alianza  
con la republica vecina. Sus órga-  
nos en la prensa lo han dejado en-  
trevir así y un ilustre escritor,  
Julio Burell, ha preguntado desde  
las columnas de «La Epoca»: ¿Qué  
bienes nos puede traer una alianza  
con los franceses? Y cita a renglón  
seguido el caso de Italia, que for-  
mando parte de la triple se ha  
visto sola peleando contra los ab-  
isinos.

El razonamiento no puede ser  
más peregrino. Italia tendrá pac-  
tado con sus aliados que le favo-  
rezcan contra las agresiones de  
Francia y Rusia, pero de ningún  
modo ha podido pactar que le ayu-  
den en sus proyectos de ensanche  
de colonias. Si cualquiera de am-  
bas naciones hubiera hecho una  
demonstracion contra la península  
italiana ó contra las colonias de  
dicha nación no hubieran perman-  
ecido ociosos los imperios ale-  
man y austriaco.

En cuanto a lo que nos pueda  
dar la alianza con los franceses, si  
no se pretende saber de ellos mis-  
mos siempre habrá derecho a ha-  
cer la pregunta del señor Burell.  
En tanto que no haga el gobierno  
esa pregunta en el terreno oficial  
estaremos ignorantes de lo que  
podamos esperar y de si nos con-  
viene ó no lo que se nos ofrece.

Y mientras eso no se sepa segui-  
ra creyendo el país que lo que más  
le conviene para ahora y para lue-  
go es la alianza con la nación ve-  
cina.

## EL MIOPE

(ESCENAS DE BASTIDORES)

— Si veo, si veo.  
Esta frase, de una revista muy cono-  
cida, dio la primera celebridad al in-  
cupable artista cómico Julio Ruiz.

Y el caso es que no vela nada, cuando  
aseguraba que sí; de lo cual resultaban  
los efectos cómicos que daban a conocer  
el talento artístico del maravilloso actor.

Porque el corto de vista, sobre todo en  
los escenarios de los teatros, no da su  
brazo a torcer.

Aunque lo empalen, no declara que es  
miope. ¿Qué dirían, en otro caso, las mu-  
chachas a quienes se dirige!

El modelo que elijo para borrar este  
artículo es D. Damián, conocidísi-  
mo por su verdadero nombre, en todos  
los teatros de Madrid, en los cuales no  
hay maquinista que no le haya saltado  
un tercio, ni guardarropa que haya de-  
jado de verterle en la pechera de la cami-  
sa una fuente de natillas.



D. Damián es viejo, pero ve.  
Vista con arrogancia y autoridad, y an-  
tes faltará el sol al cielo sin nubes, que  
a Don Damián le falte una hermosa flor  
blanca en la solapa izquierda del frac.

Como se dice vulgarmente, no ve tres  
sobre un burro; pero guárdese usted e  
querer guiarle, de llamar su atención so-  
bre cualquier obstáculo que se oponga a  
su paso, porque contestará con indigna-  
ción, desafiada por la cortesía:

— Si veo, hombre, si veo.  
Y para ver si ve, vean ustedes lo que  
yo le he visto hacer una noche del últi-  
mo invierno en el teatro de Apolo.

A tercera hora se hacia una función  
con baile, no recuerdo su título.

Don Damián, en viendo una bailarina,  
va hacia ella sin poderlo remediar, como  
a la luz la mariposa.

Desde el saloncito se dirigió al escenario

rio, en pos de una aldea rozada, y  
creyendo que no había más que dos es-  
calones donde hay tres, tropezó en el  
tercero y cayó de bruces el pobre señor.



Ayudado por una corista, que le ten-  
dió una mano blanda, mientras se  
reía a hortadillas, consiguió Don Damián  
ponerse en pie, diciendo con voz trémula,  
para olvidar el dolor de la caida:—  
¡Pierdan sus señores! Estos días de mis  
rivales; me ponen jabón en todas las es-  
caleras, pero no me vale. No he pierdo  
por nada el equilibrio. Afortunadamente  
no he llegado a caer.

Y decía esto, cuando aquellos señores le  
había marcado bastas loboceras en la  
blanca pechera de la camisa.

Ya puesto en pie quiso penetrar en el  
escenario, y creyendo que estaba abierta  
la puerta, dió sobre ella un encon-  
trón que le desbaldó el sombrero, estro-  
peándole, de paso, el ojo derecho.

¡Dijera su señoría! Pues no abre hacia  
dentro. Ayer abría hacia fuera. Otro  
cambio repentino realizado por mis com-  
pañeros. ¡Vaya, no ha sido nada!

Y efectivamente, no era nada lo del  
ojo, pero se acabó las lágrimas que  
brotaban de él supuestamente.

No hizo más que entrar en el escenar-  
io, y decirle buenas noches al primer  
bastidor que, sujeto a un carro, estaba  
un poco fuera de nivel.

para que se prestaran a sus benéficas miras. Su con-  
ducto resultaba victoriosamente sus teorías.  
Después de haberse leído algunas sobre los pobres  
estaba por ver qué sucedía en esa época, en su punto de  
vista; y sus palabras, sus consejos, sus habi-  
tos de imperiosa decisión, le condujeron al mejor re-  
sultado que podía esperarse de la ley que se está  
discutiendo ahora. Demóstrado para declarar que  
pueda de un sistema, e intentar las cosas de las que  
pueda resultar, reconducir a lo bueno y eligió un  
principio que no se ha desafiado y practicado en  
la administración de la nueva ley de los pobres. Uno  
de los principales objetos debía ser, restringiendo la  
caridad pública, facilitar la beneficencia individual.  
El primer tanto ó el esencial a cuya vista se pro-  
ducían ejemplos aislados de dureza ó de opresión por  
efecto de una ley general y saludable, debía ser a  
los individuos perjudicados en esos ejemplos, como  
resultado a sus condiciones. A él le tenía, con su  
caridad personal, la ley que le permitía que la caridad pú-  
blica debe dejar precipitadamente. Fue así lo que, prin-  
cipalmente, se vio en la vida de Maltavers en los años  
reglamentados que estableció en sus dominios. La veles,  
las enfermedades, la privación de lo necesario sin  
hablar misericordia, el de amparo accidental, encon-  
traron en él un amigo seguro, vigilante, indaga-  
dor.

No temais, señor mio; justo es que yo sufra como  
vos, ya que mi abandono, en tener mis deberes os  
ha tentado para que me hayais engañado; bajo la di-  
rección vigilante del señor Cleveland, faldéis nombre  
de bien, retiraos con vuestras ilicitas ganancias. Si os  
habéis endurecido en el mal, ningún castigo podría  
corregiros; si no ha llegado ese caso, bastante casti-  
gado estais. Con todas vuestras cosas y con un pie  
en la sepultura, habéis sido llamado pletro sin po-  
der alegar una sola palabra en vuestra defensa.  
Idos.  
Seguidamente tuvo Maltavers que ocuparse de to-  
dos los negocios que le cayeron encima, consecuencia  
de la mala administración de sus haciendas. Se des-  
embarazó de algunos de sus arrendatarios, hizo unas  
reducciones justas en la renta que pagaban otros, dió  
trabajo a la gente del campo con las diversas mejoras  
que emprendió y se ocupó seriamente de los pobres.  
Sin embargo, no se entregó a esa caridad, sin discon-  
nimento con que se compra a vil precio una popu-  
laridad, que algunas veces se hace forzoso sostener  
de una manera onerosa, estimuló la industria, alentó  
las esperanzas. Conoció que la ambición, la emula-  
ción, que no quería permitirse a sí mismo, eran sus  
auxiliares más poderosos para conducir a los alde-  
nos, cuyo caracter estudiaba con mucha atención,

días de su muerte, y habiendo prestado poca atención  
a este incidente se borró muy pronto de su memoria  
por otros mil pensamientos y otras mil escenas que se  
siguieron. El señor Miron continuó:  
— Esperamos la llegada de lord Vargrave, le supon-  
go un amante solitario, mas sus deberes le retienen en  
Londres. Antes de ayer ha pronunciado un discurso  
asombroso en la cámara de los lores, a lo menos nues-  
tro partido lo piensa así. El matrimonio debe efectuar  
se cuando mis Cameron cumpla la edad de diez y  
scho años.  
Acostumbrado Maltavers a padecer y distraer en el  
arte orgulloso de ocultar sus emociones, no dejó ver  
a los ojos del rector ninguna señal de sorpresa, ningún  
indicio de pena. Si el señor Merton hubiese sospe-  
chado antes que Maltavers sentía por alguna cosa  
más que admiración, sus sospechas se habrían disi-  
pado cuando éste le respondió, con mucha indiferen-  
cia.  
— Espero que lord Vargrave merezca su ventura.  
Pero volviendo al señor Aguilas, me confirmo en la  
opinión que ya tenía yo formada de ese individuo de  
lengua salapero.  
La conversación se continuó sobre negocios hasta  
que Maltavers se levantó para retirarse.  
— No concéis hoy con nosotros? preguntó el obse-  
quioso rector.